

# NARRANDO RELATOS

Lo oculto se hace realidad  
Lo que me ha sido negado  
Necesitamos ser engañados  
La senectud de Vargas  
La hipótesis de la abuela  
La traición de las "tradiciones"

## Lo Oculto se Hace Realidad

Entre los variados oficios eventuales que como estudiantes trabajamos en París había uno es particular que era bastante especializado: peón de mudanzas de antigüedades. A este puesto me presente con mi amigo Adolfo, pero solamente me escogieron a mí. No en vano a Adolfo le llamábamos “el flaco”. Se necesitaban muchachos fornidos para aguantar la carga y yo lo era. Nos dieron instrucciones de cómo y con que delicadeza debíamos embalar, estibar y transportar los muebles y bienes antiguos. La empresa que nos contrataba se dedicaba a comprar mobiliarios antiguos en los diferentes apartamentos y cavas que quedaban abandonados por la muerte de sus últimos moradores o que sus herederos querían desocupar. Después de la negociación, nos llamaban para vaciar los lugares y llevarlos a un gran almacén de la empresa, donde otros especialistas seleccionaban y restauraban. Era un trabajo bien pagado, pero solo nos utilizaban de vez en cuando.

Al principio, cumplía escrupulosamente con lo encomendado, pero rápidamente me di cuenta que el resto de mis compañeros tenían una forma muy particular de trabajar. La mayor parte de los objetos de valor que se encontraban al interior de los cajones de los muebles, desaparecían en sus bolsillos. La mayoría de esas antigüedades tenían más de cien años y algunas habían pertenecido a la población judía deportada y asesinada en los campos de concentración en la segunda guerra mundial.

Según las versiones de mis camaradas, los judíos escondían sus valiosas pertenencias en compartimentos secretos de los diferentes muebles con la esperanza de recuperarlos cuando volvieran. Incluso llegaron a contarme que alguien, en el pasado, había descubierto un escondrijo con diamantes y se había vuelto rico de la noche a la mañana. La historia sonaba más bien, a leyenda urbana, pero por si acaso, cada mueble que nos tocaba lo examinábamos a conciencia. Si alguien encontró algo, nadie se enteró porque nadie decía nada.

El bajar muebles de viejos edificios de quinientos años, sin ascensor, por escaleras estrechas y del noveno, octavo o demás pisos, siempre dejaba trazas de raspaduras y algunas roturas que deberían restaurarse posteriormente. De modo que cuando tuve una caída transportando una consola Luis XV de madera maciza ornamentada con bronce, nadie se dio por enterado. En un rellano de la escalera, recompuse el

mueble y miré que daños había sufrido.

Una de las guías de maderas internas se había roto y al tratar de empalmarla para que uno de los cajones volviera encajar, me di cuenta de que había algo oculto en su interior. Miré para todos los lados, pero mis compañeros, aparte de reírse de mi accidente, no me prestaban atención. De modo que tuve el tiempo y la maña suficiente para sacar de una doble pared de madera, una delgada carpeta de cuero que inmediatamente escondí en mi abrigo, mientras terminada de arreglar el desperfecto y encajar la gaveta. Seguí trabajando todo el día como si nada hubiera pasado. Ni siquiera abrí la carpeta en el metro mientras volvía a casa. Solo en el silencio de mi estudio y después de un rato de mirarlo, imaginando que cosas tendría, decidí abrirlo.

Al interior de la carpeta de cuero encontré cinco papeles amarillentos, escritos en alemán y en algo que parecían símbolos encriptados. No podía descifrar nada porque mi alemán era muy rudimentario y la apretada letra manuscrita no ayudaba. La decepción fue tan grande que deje abandonada la dichosa carpeta en mi escritorio y ahí se quedó olvidada, pues los trabajos eventuales y los estudios universitarios, no me dejaban tiempo libre.

Meses después, cuando gané una beca, pude trasladarme a una buena residencia en la Cité Universitaire (CitéU) y en la mudanza, volvió aparecer la dichosa carpeta. Ahora tenía más tiempo y pude dedicarme a intentar saber que era lo que había encontrado.

Conocí a Johann y Ramona en un campo nudista en Mykonos. Hablaban perfectamente francés y español. Se dedicaban a terminar sus tesis doctorales sobre temas muy dispares. El sobre la historia del Partido Comunista Francés en la Universidad de Frankfurt y ella sobre la segunda guerra mundial bajo la dirección de un eminente profesor del Instituto Político de Lyon. De modo que nos hicimos buenos amigos y cada vez que llegaban a París, dormían en mi casa. Ver a ramona completamente desnuda en un campo nudista era una cosa, pero verla en la misma situación pasearse por mi casa, era otra. Y ella lo sabía y se reía de mí.

A ellos acudí para que leyeran la carpeta. De la primera lectura que hicieron, dedujeron que se trataba de escritos de un espía nazi. Mencionaba otros documentos y, además, intentaba enviar un mensaje encriptado a su mando superior. No sabíamos de qué fecha se trataba, pero ellos deducían que podía ser bajo la ocupación alemana de París, entre el 43 y el 44. Entonces nos preguntamos quien podría saber más sobre el asunto. ¿De qué se trataba los famosos manuscritos? Ramona se interesó por ellos y se los llevó consigo comprometiéndose a mantenerme al corriente de lo que averiguara. Mi propia investigación doctoral, la redacción de artículos y la participación en diferentes seminarios, me hicieron olvidar los documentos. Máxime cuando Ramona regreso a Frankfurt por un largo periodo.

Casi un año y medio después, llegó a mi residencia un Policía en una gran moto, buscándome. El conserje se asustó y me llamó de inmediato. Baje al vestíbulo y el policía me entregó una citación urgente. Debía estar al otro día, a las ocho de la mañana, en una oficina específica de la Dirección General de Información Exterior (DGSE), la CIA francesa. Llegue con antelación y bastante asustado, pues no sabía de qué se trataba.

En ese entonces colaboraba con Amnistía Internacional (AI) en las oficinas de Londres sobre un informe sobre violación de derechos humanos en Colombia. Hacía poco había tenido un incidente en Londres.

Mi madre venía a visitarme para pasar navidades conmigo en París y aprovechamos que estaba

en Londres, hicimos planes para que llegaré ahí, visitáramos la ciudad y luego pasaríamos a Francia. Todo salió perfecto excepto por un incidente desagradable. Cuando nos alojamos en un hotel recién llegada del aeropuerto, salimos a dar una vuelta de inmediato. Cuando llevábamos unas cuantas calles de recorrido, mi madre recordó que no había sacado sus medicinas que tenía que tomar y entonces, regresamos al hotel.

Al llegar al cuarto lo encontramos completamente revuelto. Su maleta había sido esculcada y sus pertenencias esparcidas por la habitación. Había examinado con detalle todo los papeles y la libreta de direcciones. Sin embargo, no habían robado nada, ni las joyas ni el dinero que tenía en una cartera. Recogimos todo y llame a los compañeros de Amnistía. Uno de ellos vino de inmediato y nos acompañó en la reclamación a la dirección del hotel.

Pero también nos dijo que no era raro que sucediera eso. Casi todas las personas que frecuentan la sede de AI estaban más o menos fichadas por diferentes espías y que, muy posiblemente, al venir mi madre directamente de Colombia, hubieran pensado que me traería documentación comprometedor. Por esa razón habían asaltado su maleta. No hubo ningún otro incidente y pudimos disfrutar de la City y después de París, sin otro contratiempo. De modo que cuando me presente a la DGSE más o menos pensaba que la cita estaba relacionada con esa colaboración. A ella llegue, tengo que confesarlo, bastante atemorizado. Pero mi susto interior creció aún más, cuando el funcionario que me recibió muy amablemente, me pidió mis papeles de identificación y los contrasto con otros que tenía en su escritorio. Y entonces, recitó mi vida en París como si yo no la conociera.

Pronunció mi apellido con bastante dificultad (las erres y las jotas no son fáciles en francés), estudiante de origen colombiano, viviendo en la Cité Universitaire y actualmente trabajando en un doctorado de Tercer Ciclo gracias a una beca de la DRGI (organismo estatal que dirigía la Investigación y la innovación en Francia).

- Imagino que es usted muy inteligente para haber ganado esa beca- me dijo. Y sin esperar respuesta, con aire de provocación, me preguntó por qué había estudiado en Francia, por qué no haberlo hecho en mi país de origen; si no existían buenas universidades en Colombia y otras cosas por el estilo.

No sé qué clase de contestación esperaba de mí, a lo mejor un elogio de la cultura francesa o algo así. Pero me salió una boutade que improvisé en el momento. Fue una disculpa para conocer Francia y sus alrededores y sus compatriotas me convencieron para quedarme estudiando. Me miró fijo un momento y luego sonrió.

Empezó hablándome de los papeles que le había dejado a Ramona. Según entendí, ella habló con su director de Tesis que muy interesado por ellos, intentó, con la ayuda de otros alumnos, descifrar los símbolos y tratar de poner orden en lo que decían los manuscritos. Pero no lo logró. Entonces, gracias a sus contactos académicos, logro llegar hasta una historiadora del Ministerio de Defensa que, a su vez, recurrió a los expertos en archivos de la segunda guerra de la DGSE. Ellos habían logrado, finalmente, interpretar lo que decían las cinco hojas.

Sabían desde el principio que había sido yo quien los había encontrado y querían saber exactamente como los había descubierto. Necesitaban conocer el inmueble, el piso exacto y la descripción de la consola y el compartimento en que estaba. Me pedían que fuera lo más minucioso posible. Entonces me fije que existía una secretaria tomando notas taquigráficas de lo que

yo decía.

Con mucho trabajo, recordé la dirección del inmueble, un gran Boulevard de Paris XVI; el octavo piso si lo recordaba, pero no sabía si era el A o el B o el C. Solo recordaba que era la segunda puerta a la llegada de la escalera. Sin interrumpirme, el funcionario buscó en un libro y tomo notas en una libreta.

Describí la consola, su tamaño y lo que recordaba cómo pesaba. Aquí intentaron mostrarme algunos modelos y señale uno que más o menos se le parecía. Les mostré donde estaba el doble fondo y cómo lo había descubierto. Me preguntó si había más de las cinco hojas y si había sacado copias o las había fotografiado. Les dije que no había caído en cuenta y que toda la carpeta de cuero se las había entregado a Ramona. Me mostraron la carpeta y me pidieron que la reconociera como la original que había encontrado. Así lo hice.

Después de dos horas de interrogatorio y ya de forma mucho más distendida, me ofrecieron café y un buen cigarrillo (en aquel entonces se podía fumar en las oficinas). El funcionario me explicó entonces el sentido de todo esto.

Se trataba de dejar bien explicado en un documento, cómo se lograron esos manuscritos que pasarían a formar parte del gran Archivo de espionaje y contraespionaje franceses y alemanes (Gestapo y Abwehr) y sus redes en otros países, como España. Se clasificaría y en algún momento se expondrían al público en el Château de Vincennes.

Según su versión, los documentos pertenecían a un tal Hagen, ayudante de Helmut Knochen, jefe de la Gestapo en París, cuya oficina coordinaba y valoraba la información llegada de España. Esos manuscritos hablaban de un avión inglés estrellado en alta mar en Huelva en 1943, pilotado por un alto mando británico. Sobre su cadáver se encontraron varias cartas y documentación secreta. Toda esa información y copia de esos documentos estaban en manos de la Gestapo.

Los manuscritos del ayudante que había encontrado, solo resumían los que tenía su jefe y hablaba de un inminente desembarco de los aliados y prácticamente el final de la guerra. El mensaje encriptado era un correo que el asistente enviaba a su esposa en Alemania. Planteaba la posible derrota de Hitler en poco tiempo y sus intenciones de desertar antes de que sucediera. De ahí el secretismo que guardaba y el escondite buscado. Pero los hechos se precipitaron y el ayudante fue trasladado a la frontera austriaca de inmediato y por eso, esos documentos se quedaron abandonados tal como los encontré.

No había otra historia y era tan simple como eso. Mi descubrimiento tenía valor como memoria histórica y nada más. Solo se trataba de historiar los manuscritos en el archivo y es posible que mi nombre figure al lado de la foto de la supuesta consola Luis XV para deleite de los investigadores o turistas que la contemplaran. Nunca lo supe y nunca visité el Château. Solo me quedó el susto de la comparecencia.

Al regresar a la CitéU, me puse en contacto con Johann que, a la sazón, se encontraba en Paris. Él también se preocupó y prometió contárselo a Ramona que se encontraba en Lyon. Dos días más tarde llegó ella y abrazándose a mí, me pidió disculpas por no haberme avisado con tiempo lo que pasaba. Pero su director de tesis se había interesado mucho en esos papeles y había llevado todo a la máxima autoridad de los Archivos. Que a ella también la habían interrogado y que había facilitado mi nombre como el origen de la carpeta. Y fue entonces, que, alrededor de unos

buenos quesos y vino, me contó la verdadera historia. La que me había ocultado el funcionario de la DGSE.

En 1943 apareció en Huelva el cadáver del Mayor William Martin de la Royal Marine en medio del desastre de su avión estrellado en alta mar. Partiendo de Londres, su destino era el cuartel general de las Fuerzas Armadas británicas en Tunes. En su cuerpo llevaba correos secretos militares, sellados y lacrados, con destino a los comandantes de las fuerzas aliadas en África del Norte.

Casi de inmediato, la Embajada Británica en España solicitó la entrega del cuerpo y de los documentos. La policía española franquista que colaboraba con los alemanes, permitió que éstos abrieran los sobres sin romper los sellos y copiaran toda la documentación que portaba el cadáver, antes de entregárselo a los británicos.

En la correspondencia a los principales Comandantes ingleses y americanos, se dejaba entrever la inminente invasión de las fuerzas aliadas a través de Grecia. Toda esta información fue trasladada a la Gestapo de París que, después de analizarla, contrastarla y aprobarla, la transmitió directamente al Estado Mayor de Hitler en Berlín. Las consecuencias fueron que Hitler fortaleció militarmente a Grecia a costa de dejar Sicilia menos protegida. Y fue por Sicilia por donde entraron los aliados.

En 1953 el Teniente General Ewen Montagu de la Royal Navy, publicó un libro contando en detalle, la mayor farsa que los servicios británicos habían fabricado para engañar a los alemanes. El Mayor William Martin, nunca existió.

Se trataba del cadáver de un desconocido recogido en las calles de Londres y disfrazado de militar, fabricaron un pasado más o menos glorioso, le pusieron carta de amor de su novia, entradas al teatro recientes y hasta un aviso de su banco pidiendo cubrir un descubierto de su cuenta. Toda una pantomima para que los alemanes creyeran verdaderamente que se trataba de documentos oficiales preparando la invasión por Grecia. Y dio resultado.

A esa operación se le llamó “carne molida” (“Mincemeat”) tal vez por la minuciosidad con la que fue fabricada. “El hombre que nunca existió” se convirtió posteriormente en una película que fue elogiada en su tiempo, pero olvidada posteriormente. Ni siquiera se consigue actualmente en internet.

Pero “mis” manuscritos ocultos sirvieron para corroborar algo inaudito: cuando la Gestapo tradujo los documentos al alemán, cometieron graves errores de transcripción, equivocando fechas y lugares que, si se hubieran tomado en cuenta, Hitler no hubiera caído en la trampa. Sin embargo, pudo más el deseo de saber el lugar del desembarco aliado que los hechos presentados.

El Mayor William Martin, fue enterrado en Huelva donde todavía, hoy día, se le recuerda con una lápida recordando su nacimiento y fecha de muerte, grado militar, su origen de nacimiento y el nombre de sus padres. A nadie se le ha ocurrido corregir la lápida o completarla para recordar el gran servicio que prestó este desconocido para ganar la guerra. Lo oculto se hizo realidad.

Madrid, julio de 2019

## Lo Que Me Ha Sido Negado

*“Amor constante más allá de la muerte”*

*Francisco de Quevedo*

*“Muerte constante más allá del amor”*

*Gabriel García Márquez*

Tal vez no es lo quieren leer, pero necesito explicar con la percepción de hoy, los sucesos del pasado. Es evidente que nos causa dolor y mucho temor que nos puedan hacer daño o que otros sufran daño o que nuestra vida dependa del capricho ajeno. ¿Tendré derecho a hablar en nombre de ellos? No lo se. Lo intentaré. Supimos por confidencias de Françoise que su novio Munny y su hermano Samai tuvieron la suerte de huir con vida de un ataque brutal de Pol Pot y su ejército carnicero de Jemeres Rojos. Escondidos, vieron como descuartizaban a sus padres y al resto de la familia. Escapando por la selva, lograron llegar con vida al Puerto de Nom Pen totalmente congestionado por la cantidad de gente que huía, tratando de salvarse del genocidio que se estaba cometiendo en Camboya.

En medio de la marabunta, fueron empujados y separados en diferentes barcos que, huyendo por el río Mekong, buscaban un sitio para ponerse a salvo. Munny, fue rescatado por un buque francés y trasladado a París. De su hermano Samai nunca se supo nada.

Esa experiencia dividió la vida de Munny en dos mitades. En una parte revivía continuamente la tragedia sufrida mientras buscaba incesantemente a su hermano. La memoria le traía al presente el luto permanente de lo sucedido. No podía hablar de ello. No podía, porque estaba obligado a callar, a no ser escuchado porque si contaba la historia, nadie le creería. Tal era la violenta sensación que sacudían sus recuerdos.

La otra parte se ocupaba de normalizar la supervivencia parisina. Perfeccionó la afición que tenía por los autos y se convirtió en un buen ciudadano a quien le concedieron la ciudadanía y el título de mecánico para ganarse la vida. Lo conocimos porque vivía al frente de nuestro edificio y muchas veces, de forma desintere-

sada, arregló los desperfectos de nuestro antiguo dos caballos (Citroën 2C) con los que recorría las rutas turísticas francesas.

Nos hicimos amigos de saludo y poco más. Su carácter reservado solo permitía unas relaciones de buena vecindad. Sin embargo, cuando su novia francesa se fue a vivir con él, las relaciones mejoraron porque Françoise se hizo muy amiga de mi pareja y ambas pasaban muchas tardes juntas. Poco a poco, pasaron a intimidades. También hay que reconocer que a mi pareja le picaba la curiosidad y a veces se esforzaba demasiado en conocer lo que no le importaba. Y entonces, tiraba de la lengua.

No le gustaba a Munny esta relación. Nos enteramos que le prohibía hablar de su mundo y de su pasado. De la angustia de buscar a su hermano y no encontrarlo. Quería guardar en secreto su desasosiego interno mientras mostraba mejor cara en las relaciones de amistad. Las intimidades tienen líneas muy precarias y son lo que son.

Al final terminas contando todo y así conocimos que de vez en cuando, tenía ráfagas de furia contra la humanidad entera y entonces, la tomaba con ella. Sabía que se querían y que emocionalmente Munny dependía de ella, de la atención que le prestara. Por eso dejaba pasar esas pequeñas agresiones verbales y uno que otro empujón.

Pero una noche cruzo la raya y la golpeo. Llegó llorando a nuestra casa en busca de refugio. Poco tiempo después llego él completamente compungido y llorando, le pidió perdón, comprometiéndose a nunca más levantarle la mano. Ella aceptó, pero esa noche comprendimos que Françoise no estaba dispuesta a soportar ni mantener esa situación. No era vulnerable al maltrato físico, aunque aguantara la verbal. Dos días más tarde lo abandonó.

Entonces el mundo de Munny se vino abajo. Dejó de hablarnos y saludarnos. Nos consideraba sus enemigos y a veces nos miraba con odio. Su deterioro emocional lo notábamos en su rostro las pocas veces que lo encontrábamos. No logramos saber qué hacía después de trabajar porque no lo veíamos en semanas enteras.

Por esa razón nunca supo que, gracias a nuestro amigo Christian que trabajaba para la ACNUR, logramos descubrir que su hermano Samai que durante 20 años llevaba buscando, se encontraba en Suecia y que se encargarían de comunicarle la novedad.

Pero entonces llegó la locura. Una tarde de otoño Munny se presentó en el trabajo de Françoise muy alterado. Ella, para evitar el escándalo, accedió a seguirlo a su auto y tratar de razonar y calmarlo. Peligrosa decisión. El camboyano enloquecido, aseguró el coche y enfiló la autopista a Orleans a gran velocidad. En el primer viaducto se lanzó al vacío estrellándose contra un bosque.

Los bomberos tardaron tres horas en lograr sacar los cuerpos del amasijo metálico. Por increíble que parezca, los dos lograron sobrevivir a tan terrible siniestro, aunque con algunas secuelas. Ella logró salir de cuidados intensivos y sus huesos rotos se curaron en seis meses. El duró un poco más, los médicos lo dejaron en recuperación mucho más tiempo. No hubo denuncias. Se tomó como un accidente más.

¿Qué motivos o estímulos internos pueden conducir a que alguien vuele por los aires con la intención de matarse junto a su amada? ¿Desesperación? ¿Sentirse engañado? ¿Qué clase de desequilibrio puede ocasionar el amor? ¿Qué tecla cerebral puede desencadenar el final de todo? ¿Cómo es el vacío que ocasiona sentirse abandonado? ¿Y ella...? ¿Cuál será su futuro? Nunca lo sabremos. Los sucesos posteriores terminaron con toda forma de averiguarlo.

Una noche golpearon la puerta de nuestra casa y con gran sorpresa descubrimos a un señor que dijo ser el hermano perdido de Munny. Veinte años sin verse, en la ignorancia total, Samai quería ver a su hermano de inmediato.

Decidimos llevarlo al hospital mientras le contábamos la triste historia. Con gran desconcierto nos explicaron las enfermeras que Munny había pedido la alta voluntaria el día anterior y que debería estar en su casa. Volvimos de inmediato.

Llamamos varias veces a su puerta, pero ante la falta de respuesta, decidimos llamar a los bomberos para que la abrieran a la fuerza. El espectáculo que encontramos no más abrirla, estremeció hasta los mismos bomberos acostumbrados a situaciones extremas.

Munny había fabricado una soga con los trajes de su novia y se había ahorcado calculando que su cadáver sería encontrado justo al abrir la puerta. Su hermano se derrumbó gritando en su idioma cosas que nadie entendió. Veinte años buscando a su hermano después de la tragedia camboyana y otra tragedia lo borra definitivamente. ¡Qué desgraciada mueca del destino!

Françoise abandonó París y nunca supimos de ella. Parecía que frente al dramático suicidio, tenía que pedir disculpas. Por arte de birlibirloque ella no era la víctima, sino el verdugo.

Esta historia no tiene moraleja más allá del amor después de la muerte. No somos lo que hacemos, sino lo que hemos padecido, lo que podemos perder, lo que nos han negado. Por el bien de todos, hay que morir en silencio.

P.D.: Según información actualizada por una amiga común, Samai buscó desesperadamente a Françoise hasta que la encontró en Ámsterdam. Habló con ella, se quedó con ella y ahora son un matrimonio con hijos.

Madrid, octubre de 2020

## Necesitamos Ser Engañados

En 1938, el mayor experto mundial en pintura holandesa, certificó como verdadera la obra “Cena con Emaús” recién descubierta y supuestamente pintada por el maestro del siglo XVII Johannes Vermeer, el mismo autor de “La joven de la perla”, “La Lechera” y “Mujer leyendo una carta” entre otras memorables pinturas. Inmediatamente el Museo Boijmans de Rotterdam compró el cuadro por el equivalente hoy día, a once millones de euros. Pronto se convirtió en la pintura más importante del Museo, atrayendo a multitudes admiradas y críticas enardecidas. Aparecieron nuevas obras del artista que los críticos las verificaron, los museos las expusieron, los coleccionistas pagaron altas sumas por ellas: un total de más de 110 millones de euros al cambio actual. El mundo artístico holandés reverenciaba a Vermeer como uno de los pintores más grandes que habían existido.

En mayo de 1945, Holanda había sido liberada y la guerra llegaba a su fin. Se juzgaba a los colaboracionistas y entre ellos, a un anciano que se había hecho rico como marchante de arte. Lo acusaban de traición por haber vendido la recién descubierta obra de Vermeer, “La mujer adúltera” a la mano derecha de Hitler, Hermann Göring. Pocos días después de su encarcelamiento, se derrumbó. Confesó, y lo que confesó no era una traición, sino un crimen que dejó perpleja a Holanda y al mundo entero. «¡Idiotas! -se jactó-. ¿Creéis que he vendido un valiosísimo Vermeer a Göring? ¡De Vermeer nada! Yo mismo lo pinté.».

Admitió haber pintado no solo la obra que se halló en manos de los nazis, sino “Cena de Emaús” y muchas otras supuestas obras de Vermeer. El fraude se descubrió no porque alguien detectara las burdas falsificaciones, sino porque el falsificador confesó. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Vender una obra maestra irreemplazable a los nazis era un crimen castigado con la horca, mientras que vender una falsificación a Göring no solo se podía perdonar, sino que incluso era admirable. Entonces se descubrió que “Cena de Emaús” era una pintura fraudulenta, realizada sobre un viejo lienzo apenas unos meses antes de que la declararan verdadera y endurecida con baquelita.

El mayor experto mundial en pintura holandesa fue traicionado por sus sentimien-

tos que dominaron su experiencia. Y el falsificador logró convertir sus conocimientos y experiencias en una desventaja. Comprender cómo el falsificador engañó al experto es mucho más que una nota al pie en la historia del arte; explica por qué compramos cosas que no necesitamos, nos enamoramos de la pareja equivocada y votamos a políticos que defraudan nuestra confianza. En particular, explica por qué tan a menudo nos tragamos afirmaciones que, con pensarlo solo un momento, veríamos que no pueden ser ciertas. Como pintor, el falsificador no era un genio, pero comprendió intuitivamente algo sobre la naturaleza humana: a veces queremos que nos engañen.

(Adaptado de Tim Harford, “10 reglas para comprender el mundo”)

§§§§§

Durante los gloriosos años de dineros calientes del narcotráfico, muchos “mágicos” de primer, segundo y tercer grado, no sabían qué hacer con tanta riqueza. Uno de los medios para blanquear, no solamente el dinero, sino la ausencia de cultura, fueron las bibliotecas que compraban por metros lineales en función del tamaño del mueble que querían lucir. Libros bien encuadernados y con bordes dorados que quedaban más bonitos. Además, porcelanas, adornos estrafalarios, alfombras, esculturas y, sobre todo, cuadros de famosos pintores adornaban sus viviendas y hasta salas de baño. En esos años gloriosos, muchos intelectuales fueron contratados como “expertos” para escoger tantos libros como pintores, para rellenar el afán cultural de las nuevas clases emergentes. Ese look mafioso llegaba a decoraciones más o menos decentes hasta extravagantes y grotescos diseños.

Cuando cayeron los carteles y las fortunas mágicas vinieron a menos, empezaron a vender los artículos de lujo, entre ellos los cuadros, para mantener su nivel de vida. Un amigo que tenía un amigo que conocía a alguien, me pidió que, si podía vender en Europa una serie de cuadros de Picasso. No soy especialista en arte, pero si conocía a varios directores de galerías tanto en Francia como en España. Me enviaron las primeras fotos y al verlas, me parecieron demasiadas burdas para ser verdaderas, pero que ¡sabría yo del verdadero arte! Cada dibujo estaba acompañado de un certificado validado en España que demostraba su autenticidad. Antes de preguntar a los expertos, solicite fotocopia de los certificados y al leerlos me quede estupefacto, patidifuso.

Un señor con muchos títulos genealógicos y miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la institución artística de más larga trayectoria y mayor vigencia cultural en España, se presenta ante un Notario y declara, bajo juramento, que conoce a Julianita de Tal, que fue hija se Zutaneja y que le consta que Zutaneja fue la empleada de servicio en el Taller de Picasso en París y que durante ese tiempo, recibió como regalo, los bosquejos que como borradores o ensayos de posibles cuadros, hacía el pintor en su taller. Que le consta que Julianita heredo esos dibujos y tienen un alto grado de exactitud de haber sido dibujados por Picasso. En fe de los anterior, firma la declaración. Luego, a cada supuesto dibujo de Picasso, firmaba una nueva declaración en la que aseguraba que provenía de la herencia recibida de Zutaneja, empleada del Taller del pintor. Eso era todo. Dos declaraciones que nadie podía decir que fuera falso por la banalidad de lo que decía.

Esas dos escrituras notariales eran los “certificados de autenticidad” que protegían a los horri-

bles dibujos que pretendían vender por mucho dinero, haciendo sospechar las cantidades enormes que habían pagado inicialmente por ellos. Hablé con la Real Academia y me comentaron que el señor de marras si fue miembro. Que había muerto hace años y que les había ocasionado muchos problemas por los negocios dudosos que realizaba.

Le comenté a mi amigo lo que había averiguado y soltó una sonora carcajada. Me dijo que durante muchos años esos dibujos estuvieron en el salón principal del “mágico” que los mostraba con el mayor orgullo y que además había pagado una fortuna en seguridad y seguros por si se los robaban.

Un hecho más que confirma lo inherente a la naturaleza humana, en que a veces queremos que nos engañen, pese a lo trivial de la estafa.

## La Senectud de Vargas

Leo el artículo de Mario Vargas Llosa en “El País” de hoy día y concluyo que la vejez nos hace ver cosas que no existen. Extraigo este párrafo de su escrito:

“Ahora, el presidente Iván Duque acaba de anunciar una medida extraordinaria, que es un verdadero ejemplo para el resto del mundo, y, sobre todo, para los países latinoamericanos: la regularización de un millón de venezolanos sin documentos de identidad, que, de este modo, podrán acceder a puestos de trabajo, así como a la seguridad social y a la educación en las instituciones colombianas”

¡Fantástico! Por primera vez me doy cuenta que en Colombia hay trabajo para todo el mundo. Los que no trabajan es porque no quieren. Que existe seguridad social que cubre a todo el mundo. Y, además, existe educación al alcance de todos los niños, adolescentes y jóvenes que deseen estudiar. ¡¡¡Pero en que Paraíso se vive en Colombia!!! Con cuanta equivocación he vivido hasta ahora.

Más adelante nos dice, “Desde que lo conocí, siempre supe que el presidente de Colombia, Iván Duque, sería un ejemplo para el resto de América Latina. (..) desde que está en el poder, respeta rigurosamente la legalidad y sin que el expresidente Álvaro Uribe, del que lo acusaban de ser un títere, interviniera para nada en su Gobierno y más bien guardando frente a él una prudente distancia.”

Pero entonces ¿que ocultan los que dicen lo contrario? Los cientos de miles que piensan distinto tanto dentro del país, como fuera de él ¿están equivocados, extraviados, confundidos, ciegos...? Mario tiene una explicación muy simple: tanto Duque como Uribe son “víctimas de una campaña de desprestigio de la extrema izquierda”, pese a que Uribe siempre ha respetado la “libertad y la legalidad en las que cree”.

Ahora se entiende mejor. ¡Que desagradecidos son los de izquierda! Todos los colombianos debían besar el suelo que pisa el grandioso líder. Más de seis mil asesinatos por “falsos positivos”, no es más que una anécdota insignificante que no debe empañar la triunfal imagen de los gobiernos uribistas.

¡Ah! Y otra cosa, cuando los venezolanos huyeron de su país, lo hicieron, según Mario, “por la falta de trabajo, la miseria en que malviven, la falta de escuelas y de

esos hospitales sin remedios, sin enfermeros y hasta sin agua de los que se quejan los pobres médicos venezolanos que nos muestra la televisión.”

Y llegaron al paraíso colombiano en donde ninguna de esas característica forma parte de su entorno socio-económico.

Que vejez tan desgraciada que nos trasforma la mirada y nos obliga a mirarnos en el espejo de la realidad que nos inventamos. Y encima queremos que los demás nos crean.

§§§§§

Durante seis años estuve de Profesor invitado por la Universidad ESAN en Lima. Cada año, camino a Perú, realizaba una escala en Colombia para visitar a mis amistades. En 2014 coincidió mi escala en Bogotá, con la celebración de la Feria del Libro dedicado a Mario Vargas Llosa. Mientras iba camino a la finca de un amigo, decidimos realizar una parada para visitar la Feria y encontrarme con MT, una vieja amiga. Ella estaba ilusionada con ver a Mario en persona y a lo mejor, conseguir algún autógrafo.

En la programación del día, estaba previsto que el gran escritor diera una charla en un pequeño anfiteatro y cuando llegamos a la Feria y aunque era temprano, ya existía una considerable fila para entrar en el aula. MT me pidió como un favor especial, que le guardara un puesto en esa fila mientras ella lo buscaba por el resto del recinto.

Mientras aguardaba, lo normal es conversar con las otras personas y pronto me di cuenta que mi conocimiento sobre la obra de Vargas era más completa que las de mis contertulios. En mi adolescencia había leído toda su obra y considero que “Conversaciones en la Catedral” es una maravilla de la literatura. Además, todos los que nos interesábamos por el “boom” latinoamericano, estábamos al corriente de todas las anécdotas que se publicaban sobre ellos.

De modo que me explayé en datos y cosas curiosas, como la fabulosa Tesis Doctoral que Mario presentó en la Complutense y el extraordinario libro que se publicó después: “García Márquez: Historia de un Deicidio”. Un tratado magistral sobre la obra de otro escritor. Este libro lo adquirí apenas salió y todavía guardo ese ejemplar que se volvió único, porque Vargas Llosa prohibió a Carmen Barcell, su agente, que se volviera a editar y hasta ahora mantiene el veto.

Para escribir esa Tesis, las familias Vargas Llosa y los Gabos vivieron muy juntos en Barcelona, mientras Mario recopilaba toda la información que necesitaba. Pero esta íntima amistad se perdió el día en que Mario noqueó de un puñetazo a Gabriel, delante de todo el mundo. Parece ser que fue un problema de cuernos y se ha escrito mucho sobre eso. Se rompió la gran camaradería de los dos grandes escritores y nunca mencionaron el porqué de tal ataque.

Todas estas anécdotas tenían entretenida a la pequeña audiencia que tenía a mi alrededor en la fila de la Feria. Nadie sabía quién era, pero todos pensaban que debía ser amigo de Mario o un conocido escritor que anónimamente estaba ahí. Pese a que muchas veces dije que solo me gustaba la literatura, no se lo creían.

Entonces sucedió algo inesperado que reforzó la creencia de los que no me conocían, de que yo era alguien importante. En un momento dado se escuchó un murmullo y la gente empezó a arremolinarse. De pronto apareció el gran escritor con un séquito de guardaespaldas y las directivas de la Feria. La fila se abrió y me quede frente a frente al grupo que caminaba hacia mí.

Mire sorprendido a Mario y el me miró fijamente y no sé qué le paso por su cabeza, pero debió

pensar que me conocía de algo. Rompió el protocolo y se me acercó con la mano tendida y nos saludamos como viejos amigos. Luego siguió su camino.

De ahí en adelante me ganó una cierta cortesía especial del entorno hacia el amigo del flamante escritor. Ya en plan de broma les pedí a todos que cuando volviera mi amiga MT, le contaran con pelos y señales lo que acaba de ocurrir porque a mí no me iba a creer. Y así fue. No solamente se lo contaron, sino que le mostraron las fotos y el video que habían hecho del encuentro, mientras ella ocultaba su fastidio por no haber estado ahí.

Admiro la literatura de Mario Vargas Llosa desde sus inicios hasta cuando empezó a publicar panfletos como novelas. Entonces paso a tercer plano de mis lecturas. Su artículo de ayer domingo es un despropósito sobre la realidad colombiana.

Hoy día, “El País”, el mismo periódico que publicó su panegírico a Duque y Uribe, lo desmiente con un tremendo Editorial con el título de “Uribe debe responder”. Pide que aclare su participación en las masacres de los “falsos positivos” y afronte sus responsabilidades.

## La Hipótesis de la Abuela

Según el premio nobel Jacques Monod, la Naturaleza es objetiva. Eso quiere decir, que a la naturaleza le importa un bledo que vivas o no. La naturaleza no necesita de la cosmovisión indígena, ni de la Pachamama, ni de ninguna religión para existir. Tampoco de que existan los seres vivos y mucho menos los humanos. Por esa razón, la objetividad de la naturaleza es la piedra angular de la ciencia. En cambio, los seres vivos son proyectivos, es decir, tienen un proyecto en sus vidas y ese proyecto es reproducirse para que su especie no desaparezca de la naturaleza. Y para lograrlo van a utilizar todas las artimañas posibles. Algunos miembros de los seres vivos lo logran y otros mueren sin cumplir con su proyecto. Así es la vida.

De modo que los humanos, como miembros de los seres vivos, tienen la obligación de copular y la mujer, parir durante su vida fértil que, como todo el mundo sabe, tiene fecha de caducidad. Aparentemente las hembras de la especie humana, las del elefante y las de algunos cetáceos, son los únicos seres vivos que comparten la anomalía de la menopausia.

En 1957 el biólogo George C Williams propuso una hipótesis para explicar el misterio del climaterio. Desde el punto de vista de la evolución, conforme se envejece se aumentan las probabilidades de morir. En consecuencia, si una mujer tiene descendencia a una edad avanzada, esos hijos tendrían muchas probabilidades de no sobrevivir a la muerte de su madre. Por lo tanto, los esfuerzos dedicados a su crianza son inútiles para la replicación de los genes a las siguientes generaciones.

Desde el pensamiento evolutivo es mucho más provechoso que la mujer dedique sus últimos años al cuidado de sus nietos y nietas. Por esa razón, la menopausia es una adaptación evolutiva con el fin de dedicar recursos para que sus genes perduren en el futuro. Sus nietos y nietas tienen el 50% de sus genes, los bisnietos el 25% y así sucesivamente. “La hipótesis de la abuela”, como se conoce a esta propuesta, cuenta con unos buenos datos estadísticos que la respaldan. Han comprobado que el cuidado de las abuelas (en las especies que lo practican) aumenta las probabilidades de supervivencia de los nietos. Es decir, que, desde la teoría darwinista, se ha logrado una adaptación para lograr el éxito evolutivo, compen-

sando el cese de la procreación.

La teoría de la evolución no tiene en cuenta problemas morales o éticos. Se trata de supervivencia de las especies y para lograrlo, se deben adaptar a las circunstancias o desaparecer. La humanidad no nace con ningún derecho y por supuesto, su único deber es subsistir sea como sea. Por esa razón, los miembros de la especie humana empezaron a unirse en clanes. Los clanes en tribus y las tribus en naciones. Fue la necesidad de la unión la que determinó la moral, la ética, los derechos y deberes. Millones de años de convivencia forjaron reglas y normas de comportamiento humano que han ido evolucionando a la par con la necesidad y la necesidad del pensamiento guerrero de tribus que se han creído superiores a otras tribus, apoyados en religiones y dioses protectores “únicos”.

Afortunadamente, hoy día, hemos llegado a un consenso de reglas universales mínimas. Treinta derechos y libertades adoptados en la Declaración de los Derechos Humanos (DUDH) que pertenecen a todas las personas (incluidas las abuelas) y que nadie puede arrebatarles. ¿Que nadie puede arrebatarles? De los 195 países que han ratificado estos derechos, 180 los vulneran de diferentes maneras. La mayor parte de las familias en situación de pobreza, sobreviven gracias a las abuelas. Su labor es impresionante para evitar la descomposición social y la transmisión no solo de genes, sino también, de valores culturales destinados a evitar que su descendencia se acabe en la violencia permanente que les rodea. No siempre lo consiguen, pero en esos casos, la abuela deja de ser una hipótesis.

## La Traición de Las “Tradiciones”

Todos los días, decía Popper, hacemos cientos de cosas bajo la influencia de tradiciones de las que no somos conscientes. Por lo tanto, si no sabemos que estamos actuando por influencia de una tradición, la aceptamos incondicionalmente como forma normal de actuar. Se supone que una tradición es transmisión de costumbres, comportamientos, prácticas, recuerdos, rumores, creencias, leyendas, doctrinas, etc., que se transmiten de generación en generación estableciendo la continuidad de una cultura, de un modo de pensar o de un sistema social. Ahora bien, siempre me he preguntado ¿cuándo una costumbre se convierte en tradición? ¿Cuándo dejan de ser tradición?

Muchas de ellas han sido olvidadas, otras abandonadas y otras condenadas penal y socialmente. Y la gran mayoría, modernizadas, actualizadas. Por ejemplo, la “idolatría” enérgicamente condenada bajo el larga “tradición” de la ideología católica-cristiana, hoy en día no lo es y no se castiga por no ir a misa o rezar el rosario o adorar al sol. Sin embargo, se castiga el esclavismo, la discriminación racial y otras “tradiciones” instaladas por el supremacismo blanco y la colonización.

Otras tradiciones lúdicas se perdieron como los juegos que ambientaron nuestra infancia y multitud de las que provenían de la práctica católica. Y otras están en vías de desaparición como la fiesta de los toros. De modo que las tradiciones, como construcciones sociales, cambian constantemente dependiendo de la época histórica y, sobre todo, de quien quiere utilizarlas.

La transformación de la herencia colectiva (o de lo que lo que se piensa que es), es una necesidad vital y cada generación innova y cambia. Por esa razón, la tradición se convierte en un pasado adaptado al presente, pero siempre guardando una parte permanente y otra susceptible de cambiar. Según los antropólogos, es el presente el que inventa la tradición. Es el presente el que llena de sentido a la tradición y la convierte en legado para futuras generaciones.

Todo forma parte del renacer social y de las expresiones culturales. Cada grupo, étnico, religioso, familiar..., mantiene sus tradiciones propias que constituyen su identidad social, su cultura tradicional. Y cada grupo intenta, de forma romántica,

creer que sus tradiciones son “puras”, “naturales”, “ancestrales”, “no contaminadas” y demás zarandajas que hace que “sus” tradiciones sean las mejores y dignas de conservarse. Existen tradiciones que merecen la pena recuperar como baúl de recuerdos, tales como cierta gastronomía, forma de hacer música, cierta agricultura y algo más. Pero en términos generales ¿valdría la pena recuperar costumbres perdidas?

Cada vez que los políticos neoconservadores llegan al poder, intentan limitar el concepto de Estado y las reglas de control moral de la población. Se sienten legitimados a legitimar sus concepciones contando con intelectuales que deben producir “verdades” que ayuden a cimentar su legitimación. Entre esas verdades, las “tradiciones” se convierten en piedra angular para defender la nacionalidad en contra de todos aquellos “enemigos” que intentan destruirlas.

Así de simple y comprensible es el diseño de su ideología que atrae a tanta gente que vota por ello. De manera que las tradiciones se convierten en arma de doble filo. Por un lado, su defensa esconde intereses políticos de poder, con voluntad de mantener el “orden establecido” y, por otro lado, puede representar un cambio reivindicando identidades comunitarias oprimidas que se reinventa para ser reconocidas. En todos los casos, las “tradiciones” quedan traicionadas.